

# EL ACOMPAÑAMIENTO EN LA PRECARIEDAD



José Luis Segovia Bernabé  
Vicario de Desarrollo Humano Integral e Innovación - Madrid

El acompañamiento del precariado, de las personas en situaciones laborales, sociales y afectivas de extrema vulnerabilidad, solo se puede hacer participando de algún modo de la misma precariedad. Solo así puede ser cristianamente creíble y significativo.

No se trata de acompañar la precariedad, sino en la precariedad. Experimentamos en nuestra propia vulnerabilidad personal y comunitaria esa condición de posibilidad para el acompañamiento y para ser creíbles de manera convincente y esperanzadora.

Afortunadamente, contamos con el «sacramento» de la impotencia compartida. «No tengo oro ni plata, lo que tengo te lo doy» (Hch 3, 6), dice Pedro, en la Puerta Hermosa. El primer acto público de Pedro, ante un mendigo que está con la mano tendida, es mostrar su impotencia y su disposición a compartir lo que es, lo que tiene, lo que cree. Aquí está el potencial primero, místico y, luego, transformador.

La consecuencia es que las debilidades se tornan en fortalezas, en fuente de experiencia de Dios y, al mismo tiempo, en motor para la transformación y el cambio social. Siendo pocos y con poca fuerza, al lado de los débiles y vulnerables, la impotencia compartida se vuelve fuente de espiritualidad, de indignación y de cambio social. Hace falta experimentar la impotencia pero, al mismo tiempo, ha de ser compartida. De lo contrario, se vuelve un factor de deshumanización. Si no es compartida, aparece la desesperanza, tanto personal como comunitaria.

En efecto, la Iglesia necesita dar un giro, estamos en ello, sabemos que todavía es insuficiente. Se trata de volver a la mejor tradición, al Evangelio de Jesús. La mayor innovación es el retorno al origen, es lo auténticamente revolucionario. Desde la precariedad, la impotencia, la vulnerabilidad, pero con la pasión intacta por el seguimiento de Jesús y de su causa, que es el Reino de Dios y su justicia, lo demás vendrá por añadidura. Ahí está la fuente que da sentido y plenitud a nuestra existencia y al acompañamiento, que nos mueve a la solidaridad experimentada a la intemperie.

## 1. EL SENTIDO CRISTIANO DEL ACOMPAÑAMIENTO

Necesitamos compañía en la vida, en la muerte y en el amor, como decía el poeta Miguel Hernández. Si no, nos encontramos absolutamente huérfanos, perdidos y desorientados. El acompañamiento tiene unos límites difusos, es una palabra que repetimos mucho, pero que nos remite a la preocupación de los creyentes por hacernos prójimos, por aproximarnos a los demás, hacernos presentes fraternalmente en la vida de los otros y las otras, salir al encuentro de sus situaciones y necesidades y buscar juntos pistas de salida.



El acompañamiento es una llamada a establecer una relación de fraternidad que nos invita a la máxima horizontalidad – compañía, compartir el pan...-. Hay un término del papa Francisco muy afortunado que nos habla de un descubrimiento gozoso: «la amistad con los pobres». Se puede decir que el «compañero» y «compañera» típico del mundo obrero expresan esa dimensión de fraternidad, cercanía, respeto, solidaridad.

Arrimarse, en definitiva, a la fragilidad del otro y de la otra, para que se puedan acercarse a la mía.

El cariño de Dios se hace presente en un «toma y daca». Se dice: «recibo mucho más de lo que doy». Sin ir más lejos, la experiencia de acogida de personas subsaharianas en comunidades cristianas que tendíamos a estar acomodadas, aburguesadas, envejecidas, nos está rejuveneciendo. Devuelven la esperanza y alimentan nuestra fe. Insuflan valor teológico.

El acompañamiento en la precariedad tiene la virtualidad, a pesar de las contradicciones y de su aparente poca fuerza, de ser condición de posibilidad para renovar la teologalidad de la Iglesia. ¡Esa es su dimensión constitutiva! La que alienta la fe, la que ilusiona de esperanza y la que se mantiene por la caridad. Su origen y su meta es Dios mismo. Y su recorrido aparece sostenido amable y diligentemente por el Dios que nos quiere con locura. Nada medible ni aparatoso. Algo tan aparentemente insignificante tiene el mayor potencial para renovar la Iglesia y reelusionarnos como testigos creíbles del Evangelio de Jesucristo.

El acompañamiento bebe del principio de encarnación. No creemos en un Dios que está en las nubes, cómodamente instalado en el cielo, sino en un Dios que es rabiosamente cercano al sufrimiento de la gente, solidario con su sufrimiento, un Dios que nos sobrevuela de manera discreta y silenciosa, tanto, que, si no estamos suficientemente atentos, a veces, no percibimos su presencia, su aleteo y su susurro.

Es un Dios que, al mismo tiempo, nos presiona amorosamente, respetando nuestra libertad, para que realicemos su utopía y su sueño. Un Dios que nos impulsa muchas veces desde el silencio a realizar el sueño del Reino de Dios y su justicia.

Esa es la invitación que nos hace la carta de Filipenses: tener los mismos sentimientos de Cristo. En los Hechos de los Apóstoles, se nos dice con sencillez que «pasó por el mundo haciendo el bien porque Dios estaba con él».

## **Objetivos del acompañamiento**

Uno de los objetivos del acompañamiento, desde la cercanía y amistad, es sanar, superar las heridas, satisfacer, desde la propia precariedad, las necesidades sociales y emocionales, empezando por la necesidad de reconocimiento. Aunque no solucione nada, poner nombre a al dolor y a la persona que sufre, es decirle que me importas. Y eso nos personaliza y dignifica. «Tú eres importante para mí y estoy dispuesto a caminar contigo». ¡Casi nada!



Otra dimensión importante del acompañamiento es cuidar la maduración y el crecimiento personal. Aunque tengamos muchos años, tenemos que crecer por dentro.

Y eso, como la búsqueda de la verdad, se hace acompañados, siempre con otros y otras.

Otra función y objetivo del acompañamiento es generar vínculos. Estamos en una sociedad cada vez más descohesionada e individualista, donde cada uno va a lo suyo, donde, estando cada vez más concentrados en menos sitio, estamos cada vez más solos. Para el 2050 casi toda la humanidad vivirá en grandes ciudades, pero estará más sola que nunca. La soledad es, en las grandes ciudades, una pobreza que deshumaniza intensamente.

El acompañamiento busca generar procesos de cambio, no solo en las personas, también en la realidad. Un acompañamiento en la precariedad no puede quedarse solo en la dimensión individual, sino que aspira a la dimensión estructural. Jesús de Nazaret, cuando se acerca a las personas, cuando las acompaña, nunca deja las cosas como están. Ese encuentro con Jesús incide en la vida personal del sujeto con el que se encuentra, pero también en el orden social. La mujer adúltera, presa de su culpabilidad, sale por la puerta grande del perdón. Pero también se produce un cambio de los roles sociales, se transforma el papel de los personajes. Quienes desde las alturas juzgaban a los demás acaban sentados en el banquillo de los acusados. Cambiar el corazón y las estructuras. Las dos cosas al mismo tiempo.

En último término, cuando el acompañamiento en la precariedad se realiza por personas cristianas no busca «resultados», no tenemos la necesidad imperiosa de «vender» ni de «llevar» a Dios, porque... ¡Dios mismo estaba ya antes de que fuéramos nosotros! Dios ha visitado el sufrimiento de las personas paradas, precarias, excluidas mucho antes que nosotros, Dios habita el corazón y la vida de las personas que están sufriendo. Todo lo más que se puede hacer, cuando nos aproximamos, es ayudar al otro a pronunciar su nombre. Eso sí podemos y debemos hacerlo. Nuestra presencia tiene un elemento inexcusable, que no podemos guardarnos en el bolsillo, porque es la riqueza que nos mueve, el motor que nos hace vivir con pasión, el Evangelio de Jesús.

Cuando nos encontramos con alguien con una experiencia intensa, sus valores y sus convicciones contagian. Decía el filósofo personalista Martin Buber que «se educa por contacto», no por lo que se dice, sino por lo que se toca y respira. Se contagian también los valores, las convicciones, la oferta de sentido, el Evangelio.

Las primeras comunidades cristianas de los tres primeros siglos comenzaron a crecer por contagio. Así ocurrió con las epidemias de la peste, a mediados de los siglos III y IV, pero hubo algo que se expandió mucho más, algo que un autor pagano pudo percibir en las reuniones que los cristianos tenían al caer la tarde para celebrar sus ritos: algo ajeno a ellos mismos animaba el esfuerzo de enterrar a sus muertos..., y a los del prójimo, algo les movía a la atención diligente a sus mayores y a los que no eran suyos, al trato con esmero de sus hijos y al mismo cuidado amoroso de los que no tenían padres. Estos primeros cristianos murieron en la impotencia más absoluta, fracasaron históricamente en ese momento. Muchos perecieron con la peste y no cosecharon resultado alguno. Fue la generación siguiente la que cayó en la cuenta de lo que habían movido los anteriores. Era el primado de la caridad, la primacía de un amor desbordante del que se hacían eco.

Las razones de la esperanza son diferentes a las del optimismo. Tenemos pocas razones para el optimismo, dado el actual momento económico, político, social. Estas

se basan en datos empíricos, históricos, estadísticos..., y son muy pocas. Pero tenemos razones más fundadas para la esperanza, porque se residencia en nuestra experiencia de Dios, de un Dios que jamás abandona a su pueblo, que tiene palabra y cumple sus promesas, aunque no necesariamente en la generación que se fía de ellas. La razón de nuestra esperanza, ilusión y pasión no es la verificación ante nuestros propios ojos de resultados maravillosos. Haciendo lo que tenemos que hacer, en coherencia con el desafío que nos toca vivir, vendrán los frutos. Hoy toca sembrar y cultivar la esperanza en ausencia de signos.

Eso es el Evangelio. No podemos estar siempre añorando los tiempos pasados mejores, ni fantaseando con la utopía que nunca llega, mientras perdemos la pasión de hacer lo que tenemos que hacer en el momento presente. Vivamos el momento presente, intentemos responder a lo que Dios nos pide ahora y lo demás llegará por añadidura, cuando toque.



Para iluminar estas ideas, nada mejor que acudir a *Evangelii Gaudium*, 169, donde el papa Francisco dice que el acompañamiento hace «presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este “arte del acompañamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana». Aquí se refleja en qué consiste el acompañamiento: sanar, liberar y fomentar el crecimiento personal.

## 2. LA PRECARIEDAD HUMANA

La precariedad laboral, moral y cultural que se va extendiendo hoy en la globalización se sostiene sobre un presupuesto antropológico que todavía tenemos grabado a fuego en nuestro interior y que se sigue estudiando en los manuales de Economía. Un presupuesto que debemos superar y romper, no por la vía doctrinal, sino por la vía práctica. En algún momento, el viejo paradigma dejará paso a un nuevo modelo que explicarán los teóricos, pero que solo se quebrantará por la vía de la praxis.

Ese presupuesto hoy dominante concibe al ser humano como un «individuo racional, egoísta e interesado, susceptible de adoptar elecciones diversas». Ese es el fundamento sobre el que se asienta todo el modelo de desarrollo económico que tenemos. De ahí que se dé por superada la crisis que empezó en 2007, según la mejora de los indicadores económicos, sin que parezca importar la calidad del empleo, cómo vive la gente, si es más o menos feliz. Hemos equiparado crecimiento económico con desarrollo, ¡y no ha resultado verdad!

No somos individuos, somos personas, seres para la comunión, para el encuentro, necesitamos acompañarnos mutuamente, necesitamos compañía, somos compañeros y compañeras, somos hermanos y hermanas. Necesitamos de los otros. La primera bofetada a esta concepción individualista es el acompañamiento que nos saca del

solipsismo y nos introduce en la alteridad, rompe la lógica del intercambio y la sustituye por la del don.

Somos racionales, pero también tenemos necesidades emocionales. El acompañamiento no es solo algo racional, sino también afectivo. ¡Qué importancia tienen los afectos cuando estamos mal! ¡Cómo levanta la moral, cuando uno lleva años y años sin encontrar un trabajo y siente que no volverá a trabajar, pero te reconocen por lo que eres!



Sí. Es verdad que somos egoístas. Es evidente. Pero acentuar esta dimensión es consolidarla. Somos egoístas, pero al tiempo somos altruistas, solidarios y generosos. La historia de los Derechos Humanos es la historia de la generosidad, del altruismo, de la bondad, de gente, cristiana y pagana, que puso a los otros por delante de sí mismos.

También hay que relativizar aquello de que somos susceptibles de elecciones diversas, como si la vida fuera un supermercado continuo, como si no hubiera tres cuartas partes de la humanidad con poca o ninguna capacidad de elección.

Este presupuesto antropológico teórico, tan interiorizado como falso, se desmonta con el acompañamiento efectivo en la precariedad. No tanto en la teoría, como en la práctica: no somos meras individualidades cuando nos compartimos como compañeros; no somos simplemente racionales, cuando el acompañamiento es sobre todo algo emocional, desinteresado, que nos hace salir de nosotros mismos y dar lo mejor por el otro; no elegimos por interés cuando optamos por lo frágil, lo vulnerable y por las causas perdidas para que dejen de estarlo tanto.

A los modelos teóricos fuertemente arraigados hay que combatirlos desde la cultura, pero habrá que combatirlos fundamentalmente con el testimonio. Muchas ideas preconcebidas, armadas a partir de evidencias reales que están ahí, caen por sí solas o, al menos, se tambalean ante el testimonio personal y comunitario. Muchos discursos teóricos solo se rompen con la práctica, con la significatividad de la acción.

### **La historia como lugar de Dios**

La lectura de los signos de los tiempos no es otra cosa que descubrir los latidos, las huellas, los guiños que Dios nos hace en una realidad que opaca su misterio. Si escarbamos, encontramos razones para seguir esperanzados y para seguir creyendo.

Hay signos que no tienen que ver con los cristianos. Hemos creído muchas veces que la Iglesia tenía la obligación de saberlo todo, de enseñar magisterialmente a todos. Evidentemente, ¡faltaría más!, tenemos algo imponente que es el Evangelio, pero a veces hemos entendido que Iglesia no tiene demasiado que aprender del mundo.

En el caso de los abusos sexuales y la pederastia, podemos preguntarnos si como Iglesia hemos reaccionado primero nosotros o lo hemos hecho tarde, mal y solo

después de que lo haya hecho el mundo y nos hayan sacado los colores. El Código Penal en España, desde 1983, ha cambiado multitud de veces para adecuarse a la realidad. El Código de Derecho Canónico, el libro VI, el Derecho Penal Canónico lleva en estudio años y años sin que se haya tocado nada.

Juan XXIII, justo antes del Concilio Vaticano II, escribió, anticipando la agenda de lo que vendría después, la encíclica Mater e Magistra. El Vaticano I había sido un concilio magisterial que había reforzado muchísimo el papel del Papa. La Iglesia aparecía como maestra, como supermaestra. Juan XXIII primero habló de madre y luego de maestra, para completar ambas dimensiones. A la que habría que añadir una tercera: abierta al mundo como lugar de Dios.



Los creyentes no debemos tener ningún problema en aprender del mundo, porque la vida, la historia, la naturaleza, el clamor de los pobres, lo que dicen los paganos y los ateos es también lugar de Dios. No tenemos a nuestro Dios secuestrado dentro de la Iglesia. Olvidamos la tercera persona de la Santísima Trinidad en la reflexión teológica.

Hemos reflexionado sobre el padre, sobre el hijo, hemos hecho cristologías ascendentes y descendentes, y nos falta un desarrollo pneumatológico. El Espíritu Santo es el garante de la unidad y de la diversidad. Es también lo que nos recuerda que no tenemos la exclusiva de su asistencia y de su presencia. Está también en los demás, fuera de la Iglesia. En muchas cosas, la sociedad civil ha respondido antes que nosotros, que vamos a rebufo. Sin regodearnos en nuestras equivocaciones, debemos ser conscientes de que el mundo es también un lugar teologal.

La vida, la historia, la precariedad de nuestra gente y el clamor de los pobres son, por tanto, lugares teologales. De espaldas al sufrimiento del mundo, a la precariedad de la gente y al clamor de los pobres no cabe experiencia del Dios cristiano. Se podrá ser religioso, no lo dudo, pero no cristiano, porque el cristianismo es, por esencia, una religión encarnada: solo desde la escucha, la acogida y la solidaridad con la precariedad se realiza el plan de Dios.

### **Diversidad en la unidad**

Otro factor que hay que tener presente en el mundo actual, y que es un gran desafío, es que el otro y la otra, cuanto más otro sea, más nos permite acceder al misterio del totalmente otro. La precariedad identitaria, la diferencia y la diversidad, no es un problema, sino posibilidad de acceder a un Dios que es Trinidad, diversidad de personas y al mismo tiempo unidad. Necesitamos una urgente relectura de la teología desde el signo de los tiempos de nuestra época que es la diversidad.

Es notable, por ejemplo, las insuficiencias que experimentamos para acompañar al mundo LGTBI desde la teología clásica o la teología moral. Desde ese mundo, se nos pregunta a menudo si las personas con una orientación sexual diversa son un error de Dios. Tendremos que darle vueltas a nuestra reflexión, sin olvidar nuestra tradición, por supuesto, pero buscar un nuevo ángulo de contemplación.



Quizá al modo de *Laudato si'*, que incorpora a la teología de la creación lo ecológico y lo antropológico, los pobres y el cosmos, y hace un esbozo de esa cada vez más necesaria teología de la diversidad. Necesitamos un nuevo Santo Tomás que haga una síntesis entre lo que ya tenemos acumulado en nuestra tradición, de una riqueza inmensa, y los nuevos desafíos a los que damos respuestas insuficientes. Se trata de elaborar un nuevo formateo que acoja nuevas realidades sin tirar a la papelera el acervo precioso de nuestra tradición. No podemos limitarnos a colocar etiquetas que hacen sentirse a las personas estigmatizadas, de modo que no podamos llegar a ellas. Algo así como como lo que hemos sido capaces de hacer con fortuna con la teología bíblica. Hoy a nadie se le ocurre hacer una lectura literalista del relato de la Creación. No hemos prescindido de la sabiduría de los textos. Hemos cambiado la mirada: la aproximación histórica, crítica, hermenéutica, nos ha ayudado a no perder nada del mensaje de la Escritura y a ser capaces de que siga siendo Palabra de Dios actualizada aquí y ahora.

### **Amables y críticos con la realidad**

Simultáneamente, necesitamos una lectura amable y crítica de la realidad. Amable, porque «vio Dios que era bueno», no podemos quedarnos en las apariencias, por más oscuros nubarrones que se ciernan sobre la realidad. Ser hombres y mujeres de esperanzas significa ser capaces de bucear en el hondón de la realidad, desenmascarar mentiras, pero al mismo tiempo descubrir potencialidades. Los seres humanos no solo tenemos necesidades, también posibilidades. Estamos dotados de ese precioso atributo que es la perceptibilidad, las personas podemos cambiar, la sociedad puede transformarse. Eso requiere un acto de fe, que no es solo creer en lo que no se ve, sino también creer a pesar de lo que se ve.

### **3. EL NECESARIO GIRO SOCIAL**

Hay dos aproximaciones que se pueden hacer a la realidad social. La aproximación cultural parte del relativismo, de la no creencia en Dios, de una realidad que opaca el misterio. La aproximación económica parte del hecho de que tres cuartas partes de la humanidad doliente no tienen lo necesario para vivir. Para la primera, el desafío prioritario sería abrir portones, huecos, en la cultura; para la segunda, abrir brechas en la injusticia consolidada.





Las dos son imprescindibles, desde luego. Durante mucho tiempo, la Iglesia, fundamentalmente la europea, la más acomodada, se ha empeñado más en la clave cultural y relegado algo la clave económica. El Papa actual que procede del sur, más cercano a la realidad de la precariedad, ha puesto sobre la mesa el acento social que necesitamos. Por supuesto, hay que incidir en la cultura, preñarla de valores, pero la cultura como va a ser traspasada no es con doctrina, sino con testimonios.

Estamos en un momento apasionante, si lo miramos con esperanza. Primero, es el momento que nos ha tocado vivir, no tenemos otro; por eso, hay que vivirlo con toda la pasión. Pero es que, además, asistimos objetivamente a un cambio de época, cae un mundo sin saber cómo construir uno nuevo. Lo único cierto es que la manera de edificarlo no va a ser igual que las anteriores.

Los modelos anteriores han sido, primero, ideológicos y luego prácticos. Había un diseño previo teórico para el sueño marxista; había, y lo sigue habiendo, un diseño del sueño liberal capitalista. En cambio, la realidad que nos desafía en el futuro no parte de una teoría previa. Se nos invita a construirla por teselas. No como una alternativa total, que no está formulada, ni seguramente sea posible, sino por piezas, como un puzle. Con la clave del acompañamiento, de la solidaridad, del cuidado del medio ambiente..., pieza a pieza. Sumando, sin que nadie tenga todas las claves, se construirá el nuevo marco. No hay un a priori, ni una hoja de ruta. No existe cartografía definitiva en una realidad tan cambiante como la nuestra. Vivimos algo inédito en la historia de la humanidad. Y lo vivimos con ilusión y con esperanza porque los creyentes sabemos que el futuro es también el tiempo de nuestro Dios.

Lo importante es ir bien pertrechados de pasión por el Evangelio, de coherencia personal y comunitaria, de significatividad evangélica, sin pretender enmiendas a la totalidad porque no hay respuestas para todo. Hay que colocar las piezas y teselas, cada uno en su campo pastoral, sumando fuerzas para contar con un cuadro significativo. Así, haciendo, «cachitos de cielo» podremos colaborar en la construcción de un Reino que es siempre obra de Dios.

#### **4. LA ESPIRITUALIDAD DEL ACOMPAÑAMIENTO**

La mirada de Jesús, como acompañante, está cargada de sentimientos, está repleta de compasión, no es la mirada aséptica y neutral del profesional, es una mirada que profesa cariño, incluso cuando se producen las divergencias. Esta es la expresión máxima de cariño, el respeto a la autonomía y libertad del otro.

El evangelista Lucas nos cuenta en la parábola del joven rico, que se despide no queriendo hacer nada de lo que le dice, que Jesús lo mira con inmenso cariño. Incluso en los desencuentros en proyectos vitales, el acompañamiento sigue respetando. Porque la esencia del acompañamiento no es conseguir el resultado que se propone quien acompaña, sino el respeto de la autonomía y la libertad para hacer crecer a la persona que se acompaña.

La mirada no se queda en el sentimiento de compasión ante el sufrimiento ajeno. También es una mirada de indignación. Me parece, es mi particular teoría, que la compasión y la indignación, estos dos sentimientos morales, son los que nos han sacado de la caverna. Dios nos regaló el alma humana cuando nos dio la compasión, que nos conmociona ante el dolor del otro, y la indignación como sublevación,

terremoto interior que nos hace exclamar no hay derecho. No hay derecho a que un fuerte abuse de un débil, no hay derecho a que no se cumpla la justicia, es la apelación a la justicia el primer grito de sublevación moral que crea el alma humana.



Pero también es una mirada que sabe discernir. Provoca una mirada larga, profunda, inteligente, no tiene miopía, ni vista cansada. No confunde el trigo con la paja, defiende la verdad siempre y escruta hasta los más hondos de los interiores de las intenciones más ocultas. Es fiel, ingenua pero no es tonta.

Es también una mirada contemplativa que va más allá de las apariencias. Bucea en lo más profundo de lo humano, La esencia del acompañamiento no es conseguir el resultado que se propone quien acompaña, sino el respeto de la autonomía y la libertad para hacer crecer a la persona que se acompaña desenmascara las mentiras personales y los pecados estructurales Es limpia, no tiene intereses ocultos, no hay una agenda escondida. Cuando se acompaña la precariedad lo que preocupa es la persona que la padece, no el desarrollo del ego, ni la

realización personal.

Es una mirada que cada vez cobra conciencia mayor de las motas en el propio ojo, de las propias contradicciones, que nos invita continuamente a la conversación. No es un juego de «tú tienes los problemas y yo tengo las soluciones», sino un juntos podemos, un juntos crecemos y un juntos caemos en nuestras propias contradicciones y tratamos de superarlas sostenidos por Alguien que nos alienta en el camino.

El acompañamiento está orientado a la acción y a la praxis. En los evangelios sinópticos, cada vez que Jesús mira, se acerca o acompaña inmediatamente aparece un verbo de acción: «Jesús dijo e hizo», «se acercó e hizo», «le cogió, le tomó, le levantó». Siempre hay una acción. Un criterio verificador de una buena teoría es siempre una buena praxis, Jesús no presenta una doctrina sino un modo de vida, cuya prueba del algodón es la práctica.

Por tanto, la mirada de Jesús no deja las cosas como están, las transforma, cura la lepra y al mismo tiempo apuesta por la inclusión. Es una mirada inclusiva, no la del diagnóstico que clasifica y cosifica, sino que abraza e incluye.

Por último, y quizás menos evidente, es una mirada repleta de humor. Una cualidad indispensable del amor. Necesitamos humor. En la vida política actual no hay nadie, no ya que ría, sino que sonría. Hay dentelladas por todos lados. Hay que ser capaces de ver dónde está lo importante y relativizarnos a nosotros mismos. Santiago habla de que la misericordia se carcajea, se ríe del juicio.

¿Cómo se puede tener humor con la que está cayendo? Pues sí, el humor hace falta, sobre todo, en la precariedad. No podemos perder el humor, más aún ante la impotencia, ante las urgencias y las muchas cargas que tenemos. No podemos perder

esa flexibilidad porque cuando estamos desbordados, ante la emergencia, lo más fácil es que nuestra impotencia, nuestra culpabilidad latente, que tenemos todos, se convierta en agresión hacia el otro. Ante nuestros fallos, sacamos los dientes. Pero nos olvidamos: «¡Dios lo regala a sus amigos, mientras duerme!».

Tenemos que darnos cuenta de que acompañar la precariedad es ponernos en tensión. No podemos, ante los errores que inevitablemente se cometen, ante las diferencias que aparecen, proyectar nuestra ira sobre los demás. No es fácil, porque cuando estamos crispados, la solemos tomar con los que tenemos más cerca. El humor ha de servirnos para poner en el centro al único absoluto, que es Dios, y a relativizar todo lo demás, empezando por nosotros mismos y nuestros egos que son todos expansivos, por más humildes que nos creamos.

En definitiva, se trata de promover un estilo de acompañamiento en la precariedad de una comunidad imperfecta, como somos la Iglesia, repleta de fallos y errores, pero que trata de vivir apasionadamente la máxima alegría del Evangelio, que paradójicamente, nos la devuelven con creces precisamente aquellos a los que acompañamos.